

EN EL MERCADO

Llegó de tierras lejanas, exhausto y hambriento. Lo había gastado todo por el camino, huyendo de la persecución. En el mercado se mostraban hermosas las frutas llenas de voluptuosidad; las carnes y las verduras despedían olores que le encogían el estómago. Se decidió a probar suerte.

En una esquina del mercado puso su catre y su manta y sacó la flauta que siempre le acompañaba. Era bien parecido, joven, alegre, y algunas mozueltas pronto estuvieron alrededor y le echaron unas monedas. Más tarde fueron pasando hombres y mujeres, ya cansados y cargando con sus compras, satisfechos y felices. Con condescendencia le fueron echando más monedas. Ese día comería, estaba seguro.

Pilar Alcántara

LA VIDA ES BELLA

Es el tercer día que Antonio se acerca al mercado central. Tres días en los que su malogrado estómago se revuelve por la ausencia de comida. No entiende cómo ha llegado a esta situación. Él, que siempre pensó que terminaría su vida laboral en la empresa a la que dedicó 30 años y que, sin ningún tipo de miramientos, le hizo firmar el finiquito del contrato debido a la reestructuración de la plantilla.

Desde hace dos meses sigue la misma rutina: se levanta y echa a recorrer los distintos establecimientos de su amada ciudad, regando currículos por todos ellos y escuchando la misma frase:

—Lo sentimos, de momento no hay nada para usted.

Cada jornada termina acercándose al mercado en las últimas horas de su apertura para revolver entre los contenedores y recabar algo de hortalizas y fruta fresca que los vendedores desechan al desmontar sus puestos. Ya perdió toda la vergüenza...es duro, pero necesita comer.

Regresa a casa con algunas patatas medio utilizables, brócolis, cebollas y acelgas en buen estado. Al menos tendrá para aguantar otros dos días en espera de la tan ansiada prestación mínima vital que solicitó en el despacho de la trabajadora social del ayuntamiento.

Mientras desanda el camino hacia el apartamento, va silbando una cancioncilla y repitiendo la frase que resuena en su cabeza:

—La vida a veces duele, a veces cansa, a veces hiere, no es nada fácil, no es coherente, no es perfecta. Pero a pesar de todo...La vida es bella.

Maribel González

HUMO

- ¿Por dónde tiramos hoy, Ricardo?
- Por dónde quieras, Rita, aunque ya te digo que hoy no estoy para muchas fiestas.
- ¿Y eso?
- ¿Te has fijado la de gente que hay por las calles pidiendo?
- Chico, todo esto ha hecho mucho daño y ha dejado en la miseria a muchas personas.
- Mi mujer siempre dice que tenemos que hacer algo, que no podemos quedarnos quietos. No podemos tolerar que nadie pase penurias y dificultades.
- Es una pena, es cierto. Mi cuñado incluso había pensado en organizar algo para ayudar a estas personas. Pero la gente es tan egoísta, que...
- A mí me rompe el alma ver esas situaciones y quedarme impasible. El Ayuntamiento debería tomar cartas en el asunto.
- Fíate de la política. Van a la suya, sólo quieren mantener su silla y pasan de la gente.
- ¡Un día voy a petar y liarla bien!
- Respira.

- Perdonen que les moleste. No les quiero incomodar. Soy buena persona, sólo que me veo en la necesidad de pedir un poco de ayuda. Llevo seis meses sin trabajo y no tengo paro ni nada. Mi mujer está embarazada y mis otros hijos ya no tienen nada que llevarse a la boca. Sólo les pido una pequeña ayuda. Con poco que me den ya sería mucho para mí y podré comprar algo de comida. He intentado buscar trabajo, pero la cosa está tan mal que es imposible encontrar nada. Estoy desesperado y ya no sé cómo solucionar esto y me veo obligado a hacer lo que nunca me habría imaginado, pedir limosna y ayuda. Si ustedes fueran tan amables de entender mi situación y apelando a su sensibilidad me ayudaran un poco, les estaré enormemente agradecido y nunca olvidaré su gesto. Para mí, es vergonzosa esa situación, pero lo necesito. Muchas gracias, buena gente.
- ¡Oiga! ¡Deje de molestar!
- Señor...
- ¡Vámonos, Rita!
- Ricardo.
- ¿Queeeeeeeé?
- Nada.

Jordi Fornos Vicens

PIEZAS DE MUSEO

He sido afortunado. Acabo de conseguir una estancia en una de las pocas aldeas del Viejo Mundo que todavía quedan. Se trata de un estudio antropológico para conocer “in situ” cómo vivían nuestros antepasados.

Sabemos poco de ellos. Parece que se levantaban por la mañana y salían de casa para ir al lugar donde trabajaban. Allí se encontraban con otros compañeros que habían hecho lo mismo y trabajaban juntos. Aunque ningún robot los sincronizaba.

Más curioso todavía, cocinaban los alimentos que les apetecía para comer. No tenían un robot-ayudante que les preparara cada día el batido correspondiente con todos los nutrientes necesarios y adecuados para su edad, peso y salud.

¡Todo muy extraño!

Ayer llegué a la Vieja Aldea. En mi carta de indicaciones me dice que debo venir a este lugar para conseguir el alimento. Es un sitio muy raro. Está lleno de frutas, carnes... todo es muy colorido, pero hay una mezcla de olores poco agradable. La gente lleva sus bolsas llenas, a cambio entregan monedas y billetes como los que he visto en los museos.

Yo trato de hacer lo mismo, pero pretendo pagar con mi pulsera electrónica o el microchip que llevo en mi oreja. No me entienden y me miran con mala cara. Piensan que quiero engañarles. No sé qué hacer para conseguir esas monedas y si no lo consigo pronto, me moriré de hambre.

¡Ya sé! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Tengo que pasar por el Museo.

María Lázaro

ALITAS DE POLLO

Hacía tiempo que su cabeza estaba inmersa de una nebulosa de dudas, olvidos y ausencias. Aunque su hija le insistía cada día para que no se alejara de los jardines que circundaban la casa, él hacía caso omiso, no tanto por un afán de desobediencia, sino porque no era capaz de recordar estas advertencias. Se calaba su gorra, cogía el bastón y salía sin rumbo fijo a recorrer las calles del barrio hasta que un hormigueo en el estómago le traía de vuelta al hogar.

Esa misma rutina se había repetido esta mañana, pero esta vez no supo qué camino tomar para iniciar el regreso y se perdió en un laberinto de calles y gentes que le eran ajenas. Anduvo hasta que empezaron a flaquearle las piernas, presas del cansancio.

Se sentía mareado, hambriento y confundido entre una muchedumbre que entraba y salía, cargada de bolsas, de un edificio que tampoco supo reconocer. Empujado por el trasiego de los viandantes se vio dentro del edificio, parado ante un puesto donde se exhibían apetitosos manjares.

—¿Qué le pongo, abuelo? — le dijo el vendedor.

—Tengo hambre. Yo tengo hambre— contestó el anciano sin quitar la vista de los platos de comida allí expuestos.

—Pues nada. Dígame qué quiere.

—¡Alitas de pollo! — dijo señalándolas.

El vendedor tomó una bandeja y puso dentro una ración de alitas, luego las metió en una bolsa.

—Aquí tiene. Son 5 euros.

El abuelo revolvió sus bolsillos buscando la cartera, pero no consiguió encontrarla. Ya se le había olvidado que su cartera hacía tiempo que bostezaba metida en un cajón de la mesilla, por expreso deseo de su hija.

—No hay dinero. Tengo hambre— dijo categórico al tiempo que extendía su mano queriendo coger la bolsa que todavía tenía, bien aferrada, el dependiente.

—Pues nada abuelo. Si no hay dinero, no hay comida. Apártese y deje pasar a los clientes.

Aturdido, fatigado y casi a empujones salió del mercado. No podía más con su cuerpo y se sentó a descansar en una esquina de la escalera de acceso. Dejó a un lado su bastón y depositó la gorra en el suelo para secarse el sudor que le corría por su frente. Cerró los ojos y permaneció allí quieto, como una estatua; parecía que aquel fuera su estado natural.

Poco a poco la gorra se fue llenando de monedas que transeúntes compasivos iban depositando en ella.

María J. Llanos.

UN DÍA CUALQUIERA

—Señoras y señores, estamos en el mercadillo de Cáceres, son las doce de la mañana y como verán está lleno de gente.

La periodista avanza de espaldas sosteniendo el micrófono y una carpeta. Sus palabras se confunden con el bullicio de vendedores y visitantes.

—*¡Mira niña, lo mejor de la huerta, melones a euro, a euro!*

—Hoy es el primer día de suspensión del estado de alarma y como verán, es como si hubieran abierto las compuertas de un pantano, un auténtico río de gente ha desbordado todas las previsiones.

Los transeúntes saludan a la cámara que enfoca a la periodista, parada en medio de un círculo de gente que la mira interesada o curiosa.

Buscando su segundo de gloria, algunos se interponen o gesticulan al objetivo, como si el mundo entero, realmente esperara algo suyo.

La reportera pregunta a una mujer que, a su lado, la mira con los ojos muy abiertos y la frente llena de gotitas de sudor.

—¿Cómo ve usted este primer día de mercadillo? ¿Le parecen adecuadas las medidas que ha tomado el gobierno?

—Pues me parece muy bien que haya abierto el mercadillo, la gente quiere hacer “su” vida, yo creo que el gobierno tiene que...

Un pequeño tumulto atrae las miradas de la periodista y la entrevistada. Una mujer cae delante de ellas. Sujeta una bolsa de plástico. Algunas ciruelas ruedan por el suelo. Aparecen dos policías que cogen de los brazos a la mujer e intentan levantarla.

—¿Qué ha pasado agente? — La periodista acerca el micrófono a uno de los policías, pero este no se detiene y sigue agarrando del brazo a la mujer que parece inconsciente. Un hombre jadeante recoge la bolsa de plástico y la fruta esparcida mientras relata

—¡Que creía esta que se iba a escapar!

Ángel R.G.

EL MERCADO

Al hombre, al preso, le habían dejado allí. Sin dinero y sin comida aprovechando el gentío y con una amenaza muy clara:

—No te vuelvas. CAMINA Y NO VUELVAS LA CARA. Recto y hacia adelante.

Le habían quitado, hacía nada, la venda negra de los ojos, tras bajarle de una furgoneta que discretamente aparcó hacía un rato sin hacer ningún alboroto.

—No intentes seguirnos ni pedir ayuda. Habremos desaparecido antes. Quizás nos encontréis tú y los tuyos mucho después, pero no te aseguro que sea ahora.

—Es hora de desaparecer

David Santiago Rodríguez Sánchez Herald

—Pero si es un euro y cada una vale veinte céntimos, usted me da cuatro más y estamos en paz.

El tendero del puesto de golosinas del mercado sonreía, enternecido por el ingenio de la niña, que seguía haciendo cuentas con sus diminutos dedos. Aunque no podía encontrar ningún error matemático en su lógica, tampoco sabía cómo explicarle que no podía comprar un euro de chocolate con el propio “euro”, y además recibir el cambio en más monedas de chocolate.

Finalmente, el tendero se preguntó si debería simplemente regalarle las chocolatinas o si a la pequeña le haría más feliz creer que las había pagado.

Princesa de Biblioteca

LA INVITACIÓN

A Alberto le pareció chocante que él, que había publicado un amplio ensayo acerca de la picaresca del Siglo de Oro, se acabara de convertir en víctima de esa lacra del pasado.

Mientras recorría el mercado medieval de la ciudad que visitaba, un hábil carterista le había arrebatado la cartera con el dinero, la documentación y las tarjetas de crédito. Ello le provocaba un verdadero problema. Era sábado, estaba fuera de su localidad y hasta la noche no llegaría a su casa... además era la hora de comer y tenía un hambre canina.

Mientras cavilaba la manera de resolver el problema de la comida, después iría a la policía para denunciar el robo, pasó junto a un puesto, de donde venía un olor a asado que levantaba el ánimo hasta a un deprimido; pues se trataba de uno de los restaurantes ambulantes típicos de estas celebraciones.

—¡Eh, oiga! — oyó.

—¿Es a mí? — contestó Alberto.

—¡Sí, a usted! ¿Siéntese ahí! — señalando una mesa cercana al mostrador.

—No, gracias. Lo siento; pero no estoy en condiciones.

—¿No tiene hambre?

—Sí; pero no me es posible hoy.

—No importa, siéntese sin problemas.

Movido por la necesidad y por las circunstancias adversas obedeció y se sentó donde le indicó el joven encargado del puesto, que le sirvió un gazpacho y una caldereta de cordero extraordinaria, regada con un buen vino de la tierra y técua mécula de postre. Al acabar de comer, se acercó de nuevo y le preguntó.

—¿Ha comido bien?

—Estupendamente, hijo, pero ahora no puedo pagarte. Me acaban de robar la cartera, aunque si me das tu número de cuenta corriente esta misma noche te ingreso el importe.

—No hará falta. Ya me pagó de sobra en el pasado.

Tras decir esto desapareció en el interior del puesto.

Alberto quedó perplejo. Al hacer memoria recordó que unos veinte años atrás ayudó a un niño que se había perdido en la Gran Avenida de su urbe. Le invitó a comer en un restaurante, después le trasladó a la policía y estuvo junto a él hasta que lo recogieron sus padres. Debía de ser el mismo quien ahora le invitaba a comer en un momento tan delicado.

Emocionado se levantó y le llamó. Del interior apareció otro más joven aún.

—¿Qué desea, señor?

—Me gustaría aclarar algo con el muchacho que me ha atendido. ¿Podría salir un momento?

—Señor, aquí solo estamos mi padre y yo.

Desde la cocina, al escuchar la conversación, salió el padre. Al ver a Alberto, tras unos momentos de duda, acabó reconociéndole y le estrechó la mano mientras derramaba unas lágrimas. Le explicó que su hijo Manuel, aquel niño que él protegiera, había muerto un año atrás en un accidente de automóvil y que debía de haber sido “él” quien le había atendido; ya que, desde entonces, alguna que otra vez, se dejaba notar de una manera especial en ciertas situaciones.

—Yo también habría hecho lo mismo. Mi puesto está a su disposición siempre que lo desee.

Ambos se abrazaron y, de camino al autobús, Alberto se alegró de la adversidad sufrida a cambio de la extraordinaria experiencia que acababa de vivir.

Vicente Rodríguez Lázaro

LA INEVITABLE

Llego al mercado y ofrezco sin distinguir a nadie mis servicios. Todos despejan el camino para que pase de largo. Una vieja se aleja con el carro cargado de verduras. A cada paso, arrastra la vida. Le cuesta subir el repecho que da a la explanada. Un niño hace malabares con tres manzanas. Las ofrece a un euro los dos kilos. Me mira y me desafía. Me reta regalándome una pieza de fruta. Sabe que yo, de momento, no tengo nada que ofrecerle.

Los gritos, el alboroto del mercado y la energía de los comerciantes me incomodan. Continúo caminando entre los puestos. El hambre corroe mi cara y mis pies cansados se detienen en la explanada. Veo venir a la anciana, que me observa con el rostro desenchajado.

Se desploma y decenas de mujeres rodean su cuerpo inerte.

Me cubro con el velo negro después de haber saciado mi apetito y me dirijo sigilosamente a otra ciudad.

Soledad García Garrido

LA LIBERTAD

El sol de mediodía salpica con violencia los toldos coloridos de los tenderetes. La mujer sabe que, entre la multitud, sustraer un puñado de nueces o una manzana sería mucho más sencillo que la aventura que la ha llevado hasta allí y que comenzó seis días atrás, cuando escapó de la ciénaga en la que se había convertido su casa. Prefiere no dar el paso, aunque la necesidad aprieta. Ha decidido vivir con honradez. Tampoco quiere pedir como una pordiosera: es joven y siente que cometería una ofensa contra el cielo y contra sí misma.

Esperará pacientemente a que transcurra la mañana. Cuando levanten los puestos, entre los desperdicios quedarán alimentos aprovechables. Tendrá que competir con los golfillos que merodean por allí, pero para ella, acostumbrada a la aspereza del látigo, no serán rivales.

Al día siguiente, con el ánimo recuperado, caminará hacia un futuro mejor. Encontrará la fuerza necesaria en la vida bastarda que palpita en sus entrañas.

Víctor M. Jiménez Andrada

EL MÍSERO SOÑADOR

La calle del mercado está llena de gente que viene y va, parándose en cada puesto y ojeándolo todo, aunque nunca suelen comprar nada.

Los miro caminar, con los brazos llenos de bolsas y la boca llena de comida realmente sabrosa, sigo sus movimientos y a veces divago imaginando que soy como ellos; que tengo dinero suficiente para comprar cada cosa que me llama la atención, el rugido de mis tripas hambrientas siempre me devuelve a la realidad. Ese sonido es el incesante recordatorio de que con la escasa paga que consigo no me da ni para una mísera hogaza de pan.

Yo, que estaba tan convencido de ser el rey del mundo, de tener el mejor trabajo, con la mejor gente, con el mejor sueldo. Lástima que todo se fuera a la mierda tan rápido, una pena que mi negocio no llegase a cuajar.

Cuando me quedé en bancarrota pensé que saldría rápido, que esto no sería más que una aventura sin más, algo con una solución fácil, cuán equivocado estaba.

Ajusto el cartel que explica un poco mi situación actual y pongo las manos juntas, haciendo una especie de cuenco con ellas, deseando fervientemente que un alma caritativa se apiade de mi desventura.

Estoy seguro de que nadie reparará en mí, de que simplemente seguirán caminando sumidos en sus vidas estresantes. Cuando una niña se me acerca de la mano de su madre con una bolsa de galletas, siento las tripas rugir con más fuerza al olerlas.

Marta López Castaño.

LA POBREZA

Había sido una bella mujer. Su vida transcurrió entre algodones y caprichosos.

En su juventud, los amigos la adoraban. Empezó a faltarle el dinero y los falsos amigos fueron desapareciendo.

Fermina había llegado a la vejez y su vida transcurría en la más inmensa soledad. Cada mañana iba al mercado. Allí daba vueltas hasta que se adueñaba de alguna pieza para comer.

Siempre llevaba un bolso colgado del brazo y al menor descuido del dueño del puesto, se guardaba lo que tenía más cerca.

Una señora del mercado la llevaba observando desde hace un tiempo, y un día se acercó, y empezó a hablar con ella.

La invitó a un café. En ese encuentro, Mercedes le reprochó su actitud y Fermina agachó la cabeza y le contó su vida.

— ¿Usted sabe lo que es la pobreza?

— No, pero hay otras formas de vida

— Dígame, cuáles

— Por ejemplo, la familia

— ¡La familia, no me haga reír!, esa es la peor de todas.

— ¡Mala experiencia ha tenido!

— Por algunas circunstancias, ya olvidadas, hoy soy una mujer que vive de la caridad, o de adueñarse de lo que no es mío.

— Si usted quiere, se viene a vivir a mi casa; eso sí, nada será gratis, tendrá que ayudar en las tareas cotidianas y ¡por supuesto, dejar de robar! No, no me conteste hoy, quedamos para el lunes. Buenos días.

Joaquina Campón

PIENSA MAL Y ACERTARÁS

Caminaba despacio deleitándose en la belleza de los edificios, en las calles sinuosas, en las piedras milenarias, mientras lo fotografiaba todo para llevar en sus recuerdos las imágenes que hoy grababa en su retina y la cacofonía de sonidos de una lengua extraña.

En uno de esos movimientos para buscar un encuadre perfecto no se percató de que su cartera, que no estaba bien guardada en el bolsillo trasero de su pantalón, se le caía.

Siguió caminando hasta adentrarse en ese mercado repleto de gente, de frutas, de especias, de telas, de vasijas de barro. Un regalo para la vista y para el resto de los sentidos, mientras su cámara no paraba de disparar en todas las direcciones.

Unos chiquillos desarrapados le tironearon de la camisa intentando decirle algo por señas y los espantó enfadado, pensando que querrían pedirle dinero. *“Sí, claro. Para pagar a miserables personajes estaba él”.*

Al pasar por delante de un puesto de comidas, un aroma muy apetecible le recordó la hora que era. Sonriendo y deleitándose con el festín que pensaba darse, echó mano a su cartera y la sonrisa se le borró de los labios. Allí no estaba... sería en el otro bolsillo, o en el de la camisa, pensó mientras asustado se palpaba por todo el cuerpo.

No podía ser, estaba en un exótico país extranjero, podían pedirle la documentación en cualquier momento, y no solo no la tenía, sino que no tenía ni un céntimo encima... ¿Cómo podría volver a su hotel? Necesitaría un taxi, sin duda. Estaba demasiado lejos, no conocía el idioma, podía meterse en algún lío. Por un momento, el pánico se apoderó de él. ¿Qué podría hacer? Era una situación bastante apurada.

Volvió sobre sus pasos, pero no sabía si se le habría caído o se la habrían quitado. Demudado, sentía el hambre que le molestaba en el estómago, pues solo había tomado un café por la mañana, el calor, la multitud, el ruido creciente de las voces le agobiaban. Sintió que todo le daba vueltas. Caminó en círculos, buscando desesperado, sin saber qué hacer, con los nervios a flor de piel, y de pronto se acordó de los pedigüños.... ¿Le habrían robado ellos la cartera?

Estaba a punto de sufrir un desvanecimiento cuando los volvió a ver, a una prudente distancia. Se les encaró enfadado pero los niños esbozaron una gran sonrisa.

Cuando estuvo a su lado le dieron muy contentos la cartera perdida. Asombrado, comprobó que no faltaba nada. Los miró arrepentido y los animó a compartir el succulento y sabroso guiso del puesto del mercado. A él le supo a gloria, para los críos era su primera comida caliente en días.

Concha Ibáñez Montero

LA MANZANA DEL PECADO

Sus latidos iban tan acelerados que no oía otra cosa en medio del bullicio. Se sentía como Lázaro de Tormes, hurtando comida para subsistir. No era el caso exactamente, pues su hambre se remontaba a unas pocas horas. En realidad, solo se había visto obligado a saltarse el desayuno. Las existencias de *briks* de leche de su despensa estaban en menos uno —contando con el que le prestó su vecina de rellano—. Según sus cálculos el dinero del paro se lo ingresarían en el plazo de cuarenta y ocho horas. Hasta entonces pasaría hambre. Eso fue, quizás, lo que le animó, no las horas que llevaba sin comer, sino las que le quedaban sin poder hacerlo.

Para un principiante a ladrón, el barullo del mercadillo de los miércoles era el escenario ideal para la fechoría: lo cogería disimuladamente, se lo zamparía en un rincón menos concurrido y se marcharía con todo el descaro. Jamás lo descubrirían. Sin botín no había delito.

Llevaba dos vueltas por los puestos y no se decidía: fruta, dulzaina o chacinas, esas eran sus opciones. Escogería la que se pusiera a tiro, la que resultara más fácil. En este punto estaba cuando comenzaron a roerle los remordimientos. Se preguntó a qué hora se habrían levantado esos tenderos para tener el puesto preparado. Tal vez a las cinco de la madrugada, en plena noche; algunos venían desde lejos. ¿Pagarían impuestos esta gente? Sí, claro que sí, —se contestó. La tasa del ayuntamiento por instalar el puesto y la cuota de autónomo como mínimo, —eso creía. Pensaba en todo esto mientras sostenía una manzana roja, perfecta. Con un movimiento acelerado sus pies lo llevaron detrás de una furgoneta. Para él esto no era un hurto, era un robo en toda regla. A punto estuvo de hincarle el diente en dos ocasiones, y, al tercer intento, corrió a devolverla a su cesto en el puesto.

Lo intentaría más tarde con un melocotón.

Ángela Velasco Bello